

ESPECTACULOS

CINE JAZZ
TEATRO BALLET
MUSICA VARIEDADES

CINE PARA HOY

Sobre y desde Freud

PASIONES SECRETAS (Freud, estreno del California) utiliza al creador del psicoanálisis como pretexto para una biografía más o menos novelada. La película de John Huston lo presenta bajo el aspecto más barbudo de Montgomery Clift cuando parte a París en 1885 (entonces tenía sólo 30 años y era soltero) a estudiar con el doctor Charcot (Fernand Ledoux) el tratamiento de las enfermedades nerviosas por el método del hipnotismo. De regreso en Viena, Freud casa con Martha Bernays (Susan Kohner), se convierte en protegido del doctor Breuer (Larry Parks), que también utiliza el hipnotismo, y comparte con su maestro un curioso caso de histeria. Se trata de una joven, Cecily Koertner (Susannah York) que padece de semi-parálisis, insomnio y perturbaciones a la vista. A través de este caso y del de un joven, Carl von Schlosser (David McCallum) que había intentado matar a su propio padre, Freud empieza a desarrollar su teoría sobre el origen sexual de las neurosis y llega a la fórmula del Complejo de Edipo. El film muestra también cómo descubre Freud el método de tratamiento psicoanalítico que lleva a la liberación de las neurosis por medio del análisis de los sueños y la asociación libre de recuerdos y pensamientos. También se muestra en el film el autoanálisis a que se somete Freud por medio de la interpretación de sus propios sueños.

Aunque la película utiliza unos cuantos personajes reales (además de Freud, el profesor Charcot, el Dr. Breuer, por ejemplo) no puede ser considerada una biografía rigurosamente histórica. En primer lugar, porque concentra en un par de horas un proceso que insumió quince años y tuvo infinitas y hasta laberínticas ramificaciones. En segundo lugar, porque inventa un personaje, Cecily Koertner, en el que aparecen resumidos varios pacientes de Breuer y de Freud. Efectivamente, existió una joven (que se llamaba realmente Berta Pappenheim) a la que Breuer empezó a tratar por una serie de síntomas histéricos sobrevenidos a la muerte de su padre: parálisis de las extremidades, severas y complicadas perturbaciones de la vista y del habla (había olvidado su lengua natal, el alemán, y sólo podía hablar en inglés), imposibilidad de comer y una tos nerviosa persistente. A poco de iniciado el tratamiento, Breuer descubre que hay en la paciente dos personalidades: una normal y que corresponde a su edad, otra que es la de una niña mala y traviesa. Para pasar de una personalidad a la otra, la paciente solía autohipnotizarse. El doctor consiguió empezar a tratarla en uno de esos momentos de transición. Poco a poco, Breuer descubrió que la muchacha gustaba de hablar de sus síntomas e incluso trazar la historia de los mismos. En algún caso, al evocar vívidamente la primera vez que había sentido un síntoma, consiguió liberarse de él. Ella misma bautizó este método de evocación y liberación con la expresión inglesa chimney-sweeping (limpieza de chimenea). El doctor Breuer aceptó el método pero lo bautizó más pedantesco: catarsis. La historia de Berta Pappenheim se interrumpe porque un buen día Breuer descubre que la muchacha está enamorada de él (tenía 21 años y Breuer sólo 38), que su propia esposa ya lo había descubierto, que la muchacha aparece manifestando los síntomas más extremos de un parto histérico, provocado por su pasión frustrada hacia Breuer. Ante la evidencia de una situación afectiva que no podía aceptar, el doctor abandona el caso. Pero cuenta toda la historia a su joven discípulo Freud a quien impresionó tanto el método catártico que empezó a usarlo con sus propios pacientes. Con la historia de Berta Pappenheim, el doctor Breuer com-



Montgomery Clift como el creador del psicoanálisis.

puso un relato clínico que por razones de discreción cambia el nombre de la paciente. Es la historia de Anna O que se ha hecho tan famosa en sus Estudios sobre la histeria, publicados conjuntamente con Freud en 1895.

Aunque Freud no llegó a conocer a Berta Pappenheim (o Anna O), su caso fue la semilla del método psicoanalítico. Pero también fue semilla de otro descubrimiento. A través de la pasión que Berta sintió por Breuer Freud descubrió que era inevitable que este método de tratamiento de las enfermedades nerviosas provocara una transferencia de los afectos del paciente hacia el médico. En tanto que Breuer huía aterrorizado de las implicaciones del método, Freud las aceptaba y hasta las convertía en parte de su teoría. Al concentrar su vida afectiva en la relación con el médico, el paciente está en condiciones de revivir más intensamente aquellos episodios que lo han traumatizado en su infancia y de hacer ocupar al médico el lugar de las personas que provocaron tales afectos y pasiones. De ese modo, es posible a veces atacar el mal y curarlo. Lo que asustó a Breuer fue el trasfondo sexual inequívoco que revelaba este fenómeno. El caso de Berta tenía sus raíces en el amor edípico de la muchacha por su padre que había muerto en un burdel. Todo esto era demasiado para la mentalidad algo pacata de Breuer. Aunque aceptó colaborar con Freud en el volumen sobre la histeria, se fue apartando cada vez más de su discípulo. Por su parte, Freud reaccionó ante esta actitud que le parecía cobarde con palabras duras. "El intelecto de Freud está volando altísimo" (escribió Breuer a Fliess, que era amigo de ambos, en 1895). "Lo contemplo como una gallina a un halcón". Como tantos, antes y después de él, y a pesar de su gran admiración por quien fuera su discípulo, Breuer se negó a continuar la exploración en profundidad de la vida sexual. Por ello, Freud tuvo que internarse solo y sin más guía que su genio, en la vasta tierra incógnita. Aunque ahora

resulta fácil precisar en qué se equivocó y hasta qué punto exageró el origen sexual de todas las neurosis, es indudable que su hazaña sólo tiene equivalente a la de un Darwin, a la de un Marx, a la de un Einstein; es decir, a la de otros hombres de su mismo siglo o del siguiente que descubrieron otras tierras incógnitas.

La película de John Huston ha sido calificada por la crítica de manera muy variada. Algunos la encuentran demasiado elemental y puntualizan las simplificaciones y dramatizaciones. Otros, en cambio, se felicitan de que un tema tan complejo haya sido tratado con altura y dignidad. La familia de Freud ha protestado y exige que el film se exhiba con una advertencia indicando el carácter ficticio de todos sus personajes. Sin embargo, es obvio que Huston y su libretista Charles Kaufman han tratado de ser fieles al espíritu de las teorías de Freud y en buena parte hasta a la letra de su biografía. En los comentarios de la crítica extranjera hay aplausos para la realización, la fotografía en blanco y negro de Douglas Slocombe, la interpretación de Susannah York como Cecily; de Montgomery Clift como Freud (algunos hacen reservas a su profundidad) y de Susan Kohner como señora Freud. Casi todos los críticos están de acuerdo en que Larry Parks no es el actor más indicado para el difícil papel de doctor Breuer. En realidad, parece algo extraño haber elegido a un galán que se destacó hace años haciendo de Al Jolson un par de veces, para un personaje tan complejo. Pero la filmación de este Freud está llena de misterios. En el proyecto original de Houston iba a estar interpretada por Marlon Brando (Freud, es claro) y Marilyn Monroe (Cecily), sobre un libreto de Jean-Paul Sartre. No bien el Papa del existencialismo francés aceptó, empezaron a correr los comentarios. El primer libreto de Sartre constaba de 450 tupidas páginas. Cuando Huston se lo devolvió rogando que lo redujera a términos cinematográficos, Sartre envió un segundo libreto de 870 páginas, seguido casi de inmediato de un tercero de unas mil páginas. Entonces Huston se llamó a silencio, sepultó los libretos de Sartre y encargó a un profesional cinematográfico el texto básico. Este es el Freud que en definitiva haría Huston con Montgomery Clift y con la oposición de la familia del biografiado.

LA MARCA (The Mark, estreno del Central) también se ocupa de otro caso clínico, aunque éste es totalmente ficticio. Presenta a un joven (Stuart Whitman) que busca su rehabilitación en un pueblo del Norte de Inglaterra después de haber estado en la cárcel. No se sabe qué crimen ha cometido pero se sabe que como consecuencia de él sufre una honda perturbación psíquica. Poco a poco se incorpora a la vida normal, se impone en la oficina, atrae la atención de una joven viuda (María Schell). A través de sus conversaciones con un psicoanalista (Rod Stelger) se empieza a develar el misterio de su pasado y de su conducta presente. No conviene revelar el argumento pero la marca que lleva el protagonista ha sido causada en su infancia y lo impulsa a una de las más tristes y trágicas desviaciones sexuales. La película ha sido escrita por Sidney Buchman y Stanley Mann sobre una novela de Charles Israel, y está dirigida por el realizador inglés Guy Green con gran sensibilidad. Aunque puede calificarse hasta cierto punto de policial psicoanalítica en que el misterio no es el nombre del asesino sino la causa que lo impulsa al crimen, la calidad general de la realización y sobre todo la actuación de un elenco competente, levantan esta película del nivel habitual de films más o menos freudulentos. — (Apuntes de E. R. M.).